

cia que hay entre la expulsión ó la disolución de las órdenes religiosas, como antes discutieron la evolución y la revolución, la acción y la diferenciación, la autonomía política y la administrativa, el pacto y la federación orgánica, no hay que temerlos. ¿Es temible la Iglesia? ¿Lo es el jesuitismo? ¡Bah! Sea quien lo tema el valeroso exjesuita padre Sarmiento, gran predicador, padre influyente y casamentero, bien querido en las *casas grandes*. El os contará con un cinismo encantador como se casó la hija del marqués de C. con un joven barbilindo protector de membrudos lacayos. El *Gil Blas de Santillana* os contará que la Compañía se ríe de ayunos y castidades y se pone, cínicamente sería cuando de conservar favor ó aumentar su riqueza se trata. ¿Le conviene casar á una marquesita con un *Luis* imbécil? Pues la casan y vencen su voluntad absolviéndola del futuro *menage á trois*.

El reverendo padre Sarmiento ha hecho en las *Memorias de un jesuita*, que publica en *El País*, una revelación estupenda al contar, con todos sus pelos y señales, cómo volvieron á España los jesuitas después de la ley Ferry.

Cánovas los rechazaba, Alfonso XII no los quería. Eran en la aduana considerados género conumaz. Cuando más desalentados estaban, dispuestos ya á embarcarse para la libre América, Sarmiento, por inspiración divina, tiene una idea: la de entrar en España disfrazados de hombres.

— ¿Y los pasaportes? — le preguntaron.

— Se enseñan — dice — bulas y breves y oraciones en latín.

Así lo hacen. Se visten de paisanos. El, Sarmiento, de señorito chulo; otro de artesano; quién con el levitón de *D. Basilio*; quién con el gabán de invierno (y era Julio cuando realizaron la hazaña). Llegan á la frontera, enseñan los documentos latinos, los miran los gendarmes; y como no los entienden, los creen buenos pasaportes. Pisan tierra de España, y en un carricoche van aquellos cómicos de la fe, como los del *Quijote* en el carro de las Cortes de la muerte. ¿A dónde? A Loyola. Allí un viejo y perlático sacristán, como el de la *Tosca*, los reconoce; se ríe, los instala, y da gracias á Dios y á San Ignacio.

Cánovas, convencido por una hermosa dama, á la que daban en los salones madrileños el mote de *O locura, ó santidad*, hace la vista gorda, y quedan instalados los jesuitas en la patria de su fundador.

Los que así volvieron, por un ardid digno de una *opereta* parisiense, ¿han de ser echados en épico?

El jesuitismo no es la araña negra, que dicen los radicales, los cleró-fobos.

Es araña, eso sí; pero araña como aquellas tusonas de su siglo, de las cuales decía el gran Quevedo:

*Serás «araña» que andabas
tras la pobre «mosca» mía.*

Roberto Castrovido.

LA TAREA INTELECTUAL

«Me permito oficiar de maestro, mejor dicho, de dómíne, en un asunto que no es de arte, sino de disciplina artística. Con la entonación más grave que puedo tomar les recomiendo que trabajen sin descanso; que no den entrada en sus espíritus al desaliento; que sean perseverantes, testarudos y hasta machacones; que el último momento de un descalabro sea el primero de una nueva tentativa; que se propongan un fin, y cierren los ojos á todos los obstáculos que el camino les ofrezca, bien persuadidos de que no hay dificultades ni distancias que resistan á estas poderosas fuerzas: paciencia y voluntad.»

Así decía el maestro Galdós en su carta, oportunamente colocada como máxima inolvidable para nosotros, los jóvenes, en el pórtico de esta serie de páginas, y estas palabras me han recordado, por su evidente analogía con el consejo, el discurso de ingreso de Cajal en la Academia de Medicina, leído hace cerca de tres años. Trataba Cajal del método para la investigación biológica; nos habla Galdós de la manera de alcanzar fruto en la labor literaria, y la conclusión de ambos trabajadores intelectuales, divulgada por ellos como un sincero consejo á la juventud entusiasta, estampada como una máxima sentida y practicada con éxito inmenso y envidiable, ha sido justamente la misma: Voluntad y Paciencia. Ellas, la voluntad y la paciencia, representan el secreto del triunfo; sin ellas, ni Galdós ni Cajal, con todas las prodigiosas facultades naturales que asignarles queráis, no hubieran realizado su magna obra, de universal renombre. Lo dicen ellos, poseedores de la educadora experiencia. Creedlo, pues, y no olvidadlo.

«Mas bien lo sabéis, la idea corriente no es ésta; la idea de muchos de vosotros es asimismo bien distinta. Se piensa que debemos abandonarnos en espera del momento luminoso, de la inspiración, de la inspiración que nos llega inopinadamente, sin acudir nunca cuando la invocamos, apareciendo siempre sin que la permitamos surgir; se acaricia la idea de la libertad hermosa del trabajo, á placer, sin concierto ni orden, sometido, cuando más, á la dulce norma del abandono, al capricho; y consideramos que así, aguardando indiferentes la llamada del toque inspirativo, entregándonos á la obra cuando á ella nos sintamos inclinados, se ha podido y se puede producir lo que en Ciencia, en Literatura, en Arte, ha quedado y quedará como perdurable. Y de que así lo estima el común sentir os convenceréis si examináis; porque notando al hombre de ciencia, á quien se tilda de loco, pero casi universalmente al literato y al artista se les tiene en el mundo del vulgo, dominante en la sociedad de España, por una alegre tropa de vagos desdichados, merecedores de la vida modesta ó miserable que les proporciona su pluma, su pincel ó su barro, manejado á gusto, en el enervamiento del ocio.

Y sin embargo, la verdad no es esta; la verdad es que la obra científica, literaria y artística de la humanidad ha sido y es, social como individualmente, una obra paciente, una obra intensiva, de voluntad enorme, de orden y de método, sometida á una reglamentación estrecha, ajustada á una higiene intelectual invariable. Yo no os referiré al detalle, enojoso por lo extenso, cómo han trabajado y trabajan los grandes maestros en artes y ciencias; pero sí os diré, en síntesis breve, que la tarea de todos

ellos ha sido y es, durante largos años, de todos los días, y en los días todos de cuasi las mismas horas, y en esas horas y en esos días de paciencia constante, de voluntad siempre imperiosa. Y esa intensidad y persistencia en el trabajo y esa *polarización* intelectual de un determinado rumbo investigativo ó creador, ha sido y es la verdadera madre de la inspiración, la productora de la idea y de sus asociaciones maravillosas y fecundas.

Y creedlo que es así, porque el espíritu del pensador ó del artista se prepara, se adiestra, como *entrena* su cuerpo el corredor, el ciclista, el tirador de armas; y el pensador y el artista en el período de la producción, como el corredor, el ciclista y los esgrimidores en la época de la lucha, completan el adiestramiento con una higiene irreprochable, que conservan el tono adquirido por el cuerpo y por el espíritu, que impone hasta la castidad para no alterar lo más levemente el equilibrio alcanzado. Y si no lo creéis, indagad, que os será bien fácil, cómo trabajaban Darwin y Buffon, Balzac y Víctor Hugo, cómo trabajaban Zola y Suess, por no citar más nombres, y veréis que todos ellos trabajaron ó trabajan como os han dicho Cajal y Galdós que trabajaban ellos, como yo os podría referir cómo trabajan la mayoría de nuestras celebridades españolas en literatura y en ciencias, en las artes todas. Y si queréis comprobarlo por individual experiencia, recordad en vuestra encantadora época de estudiantes, cuando sin estudiar pasabais cursos enteros y emprendiais obligadamente la tarea intensiva, ordenada, persistente, á lo largo del mes predecesor de los exámenes, con qué facilidad, con qué lucidez avanzabais rápidamente en el estudio, ya entrenado el espíritu, ya polarizada la inteligencia, cerrada herméticamente á las sensaciones ajenas al trabajo perseguido. Y recordad todos también cómo tenéis vuestras horas en que el trabajo intelectual os es más sencillo, más hacedero, porque á esas horas habéis acostumbrado vuestro cerebro á entrar en acción, y el cerebro á esas horas se congestiona y se prepara á que vuestra voluntad le ordene funcionar, como vuestros estómagos se congestionan diariamente á la hora que acostumbráis á entregarle los alimentos y se aperciben á cumplir sus funciones nutritivas.

La observación de los psicólogos, informada por la biología, lo ha demostrado terminantemente, explicando así el material acumulado por la experiencia. No existe, pues, más que, como una fantasía, la hermosa y halagadora idea de la inspiración libre y espontánea del trabajo caprichoso, reservada tal vez para los casos excepcionales del genio. La inspiración no obedece generalmente más que á la tarea ordenada de un día y otro día, durante muchos meses, durante muchos años. Sumadla, si así lo deseais, á la aptitud, y haréis un pensador ó un artista, de la misma manera que con algunas condiciones aptas formaríais un gran jugador de *foot-ball*, mediante la persistencia paciente del ejercicio y del adiestramiento. De otra manera quizá no lograréis más que una obra de mediocridad llana, nunca la obra de altura culminante de Galdós y de Cajal, lograda con Paciencia, conquistada á fuerza de muchísima Voluntad.

Carlos del Río.

Henri Barbusse.

Catulle Mendes ha dicho de su libro *Llorosas*:

«Más que una serie de composiciones, este libro es un poema, un largo poema, en que se desenvuelve visiblemente la historia íntima y lejana de un solo sueño. Las *Llorosas* vienen una después de otra; en sus ojos no hay las mismas lágrimas; pero todas siguen en un mismo cortejo. El cortejo, diríase, de un alma muerta antes de nacer... Es un alma, ó más bien, un corazón desolado este poema, en que sueñan el amor, los sentimientos, las desesperaciones y hasta el odio. Las *Llorosas* gimen en sus nimbos de recuerdos en que se refleja el futuro. En esta bruma pálida de dulzura y de languidez, nada se pinta que no se disperse, se desvanezca sin desaparecer, deliciosamente... No hay una queja que no sea el eco de una queja que fué antes un eco. Son lejanías de lejanías...»

Henri Barbusse nació el 17 de Mayo de 1874 en Aismieres.

Bibliografía.—Se han ocupado del libro de Barbusse extensamente François Coppée, Cbantavoine, Catulle Mendes, L. Munhlfeld, y P. Quillard.

LLOROSA

Yo te escribo. La lámpara me escucha.
El reló espera... Voy á cerrar los ojos
para dormirme, al golpear del péndulo,
sonando con nosotros.
La lámpara es suave. Tengo fiebre...
Sólo escucho tu voz... tu mismo acento...
Ríe tu dulce nombre entre mis labios
y tus caricias tiemblan en mis dedos.
Siento dulzuras del ayer. Tu pobre
corazón gime en mí. Muere la luz...
Y yo no sé, ya en medio de mi ensueño,
si yo soy quien te escribo ó eres tú...

Géminis.

INSOMNIO

Todo silencio y sombra, tan sólo sin dormirse,
velando entre recuerdos y muertas ilusiones,
tu imagen cuyo acento de dulces vibraciones
escucho en torno mío flotar sin extinguirse.

Rápido el tiempo vuela... En la sombra vi hundirse
aquella vida de odios, placeres y pasiones,
pero han abierto heridas tu amor y tus traiciones
que cierran con engaño, para volver á abrirse.

Placeres, goees falsos, en torno mío giran;
lo que pasó no vuelve; ¡qué imbéciles son esos
que en nuevos ideales esperan y deliran!

Sólo un amor existe, y de ese somos presos.
Ni miran otros ojos como tus ojos míos,
ni saben otros besos lo mismo que tus besos.

Ricardo Calvo.

Diario de un estudiante.

A mediados de Marzo último tuve que cumplir una misión en un pueblo de la costa Cantábrica.

Me avisaron con tres días de anticipación y se me ocurrió aprovecharlos visitando algunas poblaciones del trayecto. Estuve en ellas poco tiempo, el que media de un tren á otro. Me detuve en Avila, Burgos y Bilbao. Fui á Marquina y llegué á Lequeitio, allí cumplí el encargo. Pasé unas horas en Guernica, volví á Bilbao, descanse un día y vine á Madrid.

No he visto quizás lo más interesante de esas poblaciones, en parte por mi ignorancia, en parte por falta de tiempo. Algunos nombres de pueblos, ríos, montañas, parajes y edificios los desconozco; hubieran avalorado los ligeros apuntes que tomé en la excursión, porque un nombre propio dice á veces más que una descripción minuciosa.

Avila 18 de Marzo.

Salgo de Madrid por la mañana temprano, hace frío y llueve. En la estación del Norte tomo un billete de tercera clase para Avila. Entro el primero en el vagón y me coloco en un departamento del extremo. Poco después aparecen algunos salchicheros de Astorga que vuelven á su pueblo, y embuten debajo de los bancos, sacos y alforjas, y tienden sobre la dura tabla del asiento las mantas pardas listadas de rojo. Las botas de vino, que todos llevan, las cuelgan de los clavos que algún viajero previsor puso entre las ventanillas del coche, ó las arriman á los ángulos, colocándolas sobre las mantas con la cuidadosa solicitud de una madre para su niño enfermo.

Entran mujeres avilesas de anguloso perfil castellano, un torero de invierno con el moñito de la coleta recogido en la nuca, dos muchachas rubias con tipo de criadas, la pareja de la Guardia civil, dos licenciados de infantería y una porción de mujeres con el refajo sobre la cabeza abrigándola.

Empieza el tren á caminar, salimos de la estación, y para impedir que la lluvia penetre por las ventanillas las cierran. El vaho que se condensa en los cristales impide ver los conocidos paisajes de la Florida y los Viveros.

Todos los viajeros nos miramos con cara fosca, como ocurre siempre en España al principio de los viajes.

Los salchicheros leoneses forman grupo y charlan de su oficio; está su conversación tan llena de magro, chorizo, salchichón y demás productos cerdosos, que sólo el oírlos empacha.

Los demás escuchamos en silencio. De pronto el *maleta* saca una cajetilla y ofrece un cigarro á su compañero de al lado. Este acepta, y creyendo sin duda que el cumplimiento del torero le da á él derecho á una confianza ilimitada, le pregunta á dónde va, que és, cómo vive. Una requisitoria judicial. El torero responde á todo y pregunta á su vez, los demás viajeros tercián en la conversación, la charla corre de un extremo del coche al otro, como un reguero de pólvora; al poco rato todo es bullicio y algazara.

El vagón parece un gallinero, todos quieren hablar al mismo tiempo,

en voz alta, para que se les oiga, á pesar del vocerío de los demás y del estrépito de la marcha.

Una de las muchachas, la más rubia, comienza á *timarse* con uno de los guardias civiles, se acercan mucho y él la habla al oído. Me temo que la conversación pase á mayores en el túnel próximo.

El *moleta*, que nota el amartelamiento de la fregatriz y el guardia, no puede consentirlo; necesariamente tiene el torero que ser la principal figura allí donde se encuentre, la admiración de los hombres y el amor de las mujeres le pertenecen por derecho propio; y el de la coleta, para contrarrestar el efecto que el airoso tricornio y el fusil del guardia causan en la muchacha, dice donaires andaluces, *timos* y agudezas de muy poca sombra para mí, pero que hacen dilatarse en carcajadas el rostro candido de los salchicheros.

Saca uno la merienda y nos convida: quieras que no, tengo que aceptar un trozo de chorizo y una grasienta y fría chuleta de cerdo; la bota, que yacía entre las mantas fundada como una reliquia, circula profusamente; se encienden luego los cigarrillos y la atmósfera se pone mas cargada de humo que en la choza de un esquimal. La muchacha rubia se ahoga de tos y de risa por algo que le ha soltado al oído el de la coleta; baja la ventanilla y veo por ella el terreno amarillo encharcado, lleno de matorrales negros. Las bocanadas de vapor que lanza la locomotora se desvanecen en la bruma húmeda ó se arrastran por el suelo hasta que las perdemos de vista.

Al llegar á las estaciones se aminora la algazara, todos van callando poco á poco, y sólo se oye la voz ceceante del torero que cuenta algún lance taurino del que fué heroico protagonista. Noto que á la muchacha rubia le habla detú, y que el guardia civil desbancado tuerce el gesto al oirlo.

El tren echa de nuevo á correr, atravesamos los peñascales de Torreldones y luego los del Escorial; el campo cubierto por una ligera capa de nieve brilla cuando el sol traspasa las nubes plomizas, entonces la claridad blanca inunda el vagón, todos sienten un recrudecimiento de alegría, todos chillan, y la rubia se arranca con un tango chulapo, que el torero jalea con palmadas.

Pero nó, todos no estan alegres, hay en un extremo del vagón una anciana vestida de negro, y frente á ella, de espaldas á mí, un joven también enlutado. En un intervalo de silencio, y cuando una nube sombría cubre todo el cielo, oigo al joven que pregunta:

—¿Madre ha salido el sol?

La anciana hace un signo negativo, y contesta:

—No, no; está lloviendo.

Me intriga aquella pregunta rara, y me fijo durante largo rato en el que la hizo. Vuelve la cabeza y mira hacia donde estoy con ojos claros dilatados, que refujan inmóviles la diamantina claridad de la nieve. ¡Es ciego!

Me entristece aquella pareja melancólica entre la algazara grosera de los demás; pero me distraen las carcajadas de los salchicheros que celebran alguna gracia del moleta, siempre barbián, siempre en su papel de hombre bravucón, que se juega la vida ante los cuernos de un morucho del Duque....

Me asomo á la ventanilla. Hemos pasado el puerto, y la nieve ha desaparecido. Comienza la ancha paramera de Castilla la Vieja con manchas de pinar, donde pastan toros negros y flaquísimas yeguas.

En el fondo veo las torres almenadas de Avila, y al poco tiempo estamos en la estación.

Bajo del tren y voy á la población, pasando cerca del Santo Cristo de la Lvz; me dirijo hacia una iglesia románica, cuyo triple alside adornado con delgadísimas columnas aparece al extremo de una plaza. La construcción es de granito rosa listado con manchas de rojo intenso. Recuerda por la entonación y por los entrecruzamientos de las vetas coloradas de los sillares, las fachadas de mármoles polieromos que tanto amaron los arquitectos italianos.

Atravieso la plaza y contemplo el arco de la muralla, antigua entrada de la ciudad. La puerta rompe el muro, airosa, artística en su esquemática sencillez. Dos formidables torreones unidos por un arco volado la flanquean; esto es todo, y sin embargo, cuán distante está la severa grandeza de estas torres toscas, plantadas como campeones guerreros que defienden la entrada, de los prosáicos edificios modernos, de ese Banco de España, del horrible Ministerio de Fomento, de esa miserable colección de construcciones recargadas, feas y sin carácter.

¿En qué consistirá que un bárbaro mesón de la Edad Media, pueda producir con sencillos elementos arquitectónicos una emoción estética tan grande, y los sabios arquitectos actuales no construyan más que cuarteles y caserones dignos del fuego?

Pensando en esto subí por una callejuela que va á la catedral.

Encima de unas casuchas se levanta la silueta enorme de la iglesia, almenada como un castillo, vetusta y sombría como una prisión.

El granito severo, ennegrecido por los años, chorrea humedad. En el lomo del alside ciclopeo se abren ventanas estrechas, abocinadas, guardadas con fuertes rejas.

La corona triunfal de las almenas está rodeada por una cornisa de matacanes volados llenos de saeteras; desde ellos los buenos canónigos avileses arrojarían aceite y pez hirviendo á sus enemigos.

El alside de la catedral es el baluarte más formidable de la muralla.

Penetro en el edificio por un portalón de estilo grecoromano. Al principio no veo casi nada, distingo apenas los machones de la nave central y las claras ventanas de lo alto.

Poco á poco la vista se acostumbra y hundo la mirada en la profunda nave. Veo las delgadas nervaduras que se cruzan en lo alto, los airosos capiteles floreados, las importas de piedra berroqueña enriquecidas por la fantástica imaginería medioeval, luego recorro el alside negro, y en los rincones mas oscuros, casi á tientas, paso mis manos por los relieves sepulcrales que la eternidad guardara en la penumbra.

Detalles más codiciados, porque imagino que no son contemplados por ojos profanos, que sólo contemplan lo que brilla á la luz del día.

Y voy despacio, muy despacio, de capilla en capilla, de sepulcro en sepulcro, con recogimiento procesional, para no distraer á las viejas que murmuran sus pecados en la rejilla del confesonario, y después de recorridas las naves y el ambulatorio, y después de muchas veces admirado el mismo detalle, salgo de la iglesia por la puerta mayor, flanqueada por los encadenados leones vigilantes, voy al extremo opuesto de la plaza y veo la magna torre almenada como torre de homenaje triunfante y bella.

Por encima de la veleta, que gira al viento, vuela una cigüeña en el cielo gris, y llora la lluvia sobre el hurano edificio guerrero y religioso.

Luchando contra el viento y los aguaceros que barren las callejuelas, salgo á la parte exterior de la muralla y entro en los conventos de las afueras. En los Dominicos admiro la soberbia nave gótica y el altar elevado á gran altura sobre un arco que cubre un sepulcro de alabastro

blanco. En el coro cantan los frailes las vísperas acompañados por el órgano. Salgo de allí y vuelvo á correr, chapoteando en las calles, de iglesia en iglesia, de convento en convento, transido de frío y con hambre canina: veo una casa de comidas, entro y pido de comer. Tras larga espera, una mujer me pone delante un par de huevos fritos que nadan en aceite verdoso, un tenedor de hierro con las púas torcidas y un vaso de vino, luego traen unas rodajas de merluza no muy fresca, apechugo con ellas; indudablemente la contemplación de obras artísticas abre el apetito.

Cuando salgo del figón es de noche, atravieso la ciudad y emprendo el camino de la estación. Sigue lloviendo, y me hundo á veces en el barro del camino; tropezando aquí y allá, porque las luces apenas alumbran, llego á la estación del ferrocarril. Está desierta.

Para entrar en calor me paseé de arriba abajo por la sala de espera, iluminada por una lámpara eléctrica, que ya quisiera alumbrar lo que un candil.

Miro las tarifas de ferrocarriles rasgadas, los anuncios pegados á la pared. En uno de ellos hay una figura de mujer prerrafaélica: algún aburrido viajero ó un mozo de andén la ha pintado, con lápiz, á la escuálida *damisela* unos magníficos bigotes y una perilla mefistofélica.

Por los cristales rotos de las vidrieras entra un frío horrible: el viento zumba en las rendijas y gimen las puertas.

Una locomotora que maniobra en la vía resopla cansada y lanza de vez en cuando silbidos quejumbrosos.

A lo lejos veo las luces de la población que se reflejan en el suelo encharcado. Comienza á nevar, y el viento arrastra por la sala en que estoy algunos copos de nieve que bailan un momento en el aire y luego caen al suelo, se derriten y forman redondas manchas negras.

Se acerca la hora del tren, pasa un mozo que lleva una linterna encendida, va cubierto con el capote, la capucha calada, abre una puerta y le oigo llamar á alguno. En la carretera veo luces que se acercan, al poco tiempo suena ruido de cascabeles. Son las diligencias que llegan.

Un cochero canta:

«Cuando anuncian los papeles
que el Reverte va á matar...

Interrumpe la copla y salta desde el pescante al suelo.

Se abre la taquilla, tomo un billete de primera para Burgos y paso al andén.

Al poco rato suena un silbido largo y la luz roja del tren aparece á lo lejos en la vía.

Juan Gualberto Nessy.

JACULATORIAS

Dice *El Imparcial*:

«En el hotel Inglés se verificó ayer el anunciado almuerzo que amigos y admiradores de Arturo Reyes habían organizado para solemnizar el triunfo conseguido por el escritor malagueño con su novela *La Goletera*.»

¡Es admirable!

Las novelas de Arturo Reyes son como los niños saludadores, que hablan ya en el vientre de su madre.

Pues es lo cierto que *La Goletera* salió á luz hace ocho días y que el banquete se venía gestionando hace dos meses.

¡Como que para eso dejó el ilustre novelista su casita de Málaga la Bella, su casita blanca como una paloma y reluciente como los chorros del oro, con sus macetas de claveles rojos, blancos y amarillos!...

Porque según puedo colegir de la admirable novela, á Málaga aún no ha llegado la moda de los claveles verdes.

Al banquete asistió toda la plana mayor de *El Imparcial*. Ortega Muni-lla es el hombre de las alianzas inverosímiles. Sabe ser al mismo tiempo un gran corazón y un gran humorista.

* *

De Andalucía llegan las novelitas á parejas, como yuntas.

Nogales, el ameno Nogales, también ha publicado una novela. Se titula *Mariquita León*.

¡*Mariquita* y no le dan un banquete? ¡Parece imposible!

El Jurado de... los Bombos debe reunirse y poner inmediatamente un telegrama al autor de *Mariquita León* para que se traslade á Madrid.

Luego se verá lo que puede hacerse.

Al clásico Nogales le ocurre lo que á otros muchos genios: acierta sin saberlo.

Porque, eso sí, yo estoy seguro que no presumió jamás el alcance alto, sonoro y significativo que puede tener aquí el título de su novela.

¡Es un hallazgo!

* *

Dice un periódico:

«La Exposición de pinturas promete ser un verdadero acontecimiento. »Nuestros artistas no desmayan.»

¡Qué afán de engañarnos los unos á los otros cuando todos estamos en el secreto!

Si la mayoría de los cuadros que ahora los pintores españoles envían á la Exposición son los rechazados por aquel Jurado que seleccionó el envío de cuadros á la Exposición de París.

¡Nuestros pintores no desmayan!

Ciertamente; pero hacen como los malos estudiantes, que salen suspen- sos en Junio y vuelven á examinarse en Septiembre sin haber abierto un libro.

El Arctino.